

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LOS DESEOS

Acabo de leer un interesante libro de teología, titulado *El deseo de Dios*. Los teólogos medievales elaboraron una filosofía del deseo extremadamente interesante. Pensaban que los seres humanos teníamos unos deseos innatos y, como creían que la naturaleza estaba creada por Dios, tenían que admitir que esos deseos no eran ficticios, sino que iban dirigidos a un objetivo real y alcanzable. “Un deseo natural no puede quedar insatisfecho”, decían. Se lo diré en latín, para que recuerden la

sonoridad escueta de esa bella lengua: *Desiderium naturale non potes manere inane*. ¡Qué forma tan consoladora de afirmar la providencia divina! El desconfiado Kant lo tomó al pie de la letra, y del deseo universal de ser felices, y de la constatación también universal de que no lo somos, o de que no lo somos para siempre, dedujo la inmortalidad del alma y la existencia de un justo premio a la bondad. Nuestro afán no podía quedar frustrado.

Pues bien, en el libro que comento se nos dice que los seres humanos tenemos un deseo natural de conocer a Dios, y que eso, por lo tanto, implica que Dios existe y que ese conocimiento es posible. Los que están de acuerdo con esta idea arguyen que todas las culturas, de una forma u otra, han admitido, deseado o añorado esa experiencia. Señalan también que la experiencia mística es universal y presenta rasgos muy parecidos. Hay, sin embargo,

otra explicación. Los neurocientíficos admiten que ese “instinto religioso” es una realidad, pero lo atribuyen a un suceso evolutivo. Por alguna causa que desconocemos, dicen, los grupos sociales que creían en la divinidad sobrevivieron mejor que los grupos que no creían. Y eso hace que la religión se haya convertido en parte de nuestra herencia genética.

Ambas teorías, la del “deseo natural” y la de la “selección evolutiva” señalan un mismo misterio. No sabemos por qué deseamos lo que deseamos. No sabemos por qué disfrutamos con lo que disfrutamos. ¿Por qué todos los grupos humanos gozan con la música? ¿Por qué todos pintan, danzan, buscan explicaciones, inventan mitologías, crean religiones? San Agustín decía que lo que define a una persona no son sus conocimientos, sino sus deseos. “Cada uno es lo que ama”, sentenció. Es verdad.

Al hablar, pues de los deseos, nos acercamos al centro incandescente de la individualidad.

HAY QUIEN DICE QUE TODAS LAS CULTURAS HAN TENIDO UN DESEO NATURAL DE CONOCER A DIOS, UN INSTINTO RELIGIOSO

Punto y aparte. Ahora me dirijo a ustedes, lectores de ES. Lo que les he contado es un asunto filosófico y teológico de altos vuelos. Tengo que confesar que lo he escrito para someterles a una prueba. ¿Han pensado que el periódico no es lugar para tales

argumentaciones? ¿Se han sentido excluidos por el tema? Su respuesta me interesa, porque pienso que la filosofía entra dentro de los “deseos naturales” del ser humano. Un deseo que se concreta en el afán de comprender lo que hay desde siempre, lo que sucede ahora, y lo que debería suceder mañana. Un saber de frontera, siempre en el límite de lo que se sabe. Creo que es un deseo natural, pero si me dicen “esto no va conmigo”, “esto son pamemas”, o de una manera más verbenera “vaya tostón”, reconduciré esta sección hacia otros temas más interesantes o más útiles. Perdónenme que les someta a un test, pero les conozco desde hace mucho tiempo, y tengo confianza para hacerlo. Les animo a expresar lo que piensan y les espero, como siempre, en mi dirección de correo electrónico jamarina@movilizacioneducativa.net. ■



Raúl